



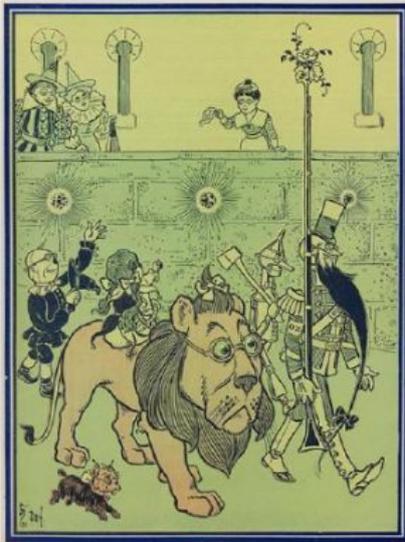
Colegio Champagnat Ipiales

Área de lenguaje- Lectura crítica



Capítulo 12

En busca de la Bruja Mala



El soldado de la barba verde los llevó por las calles de la Ciudad Esmeralda hasta que llegaron al sitio donde vivía el Guardián de las Puertas. Ese funcionario les abrió los candados de las gafas y las guardó en la gran caja verde, y luego, con amabilidad, abrió la puerta a nuestros amigos.

—¿Qué camino lleva a la Bruja Mala del Oeste? —preguntó Dorothy.

—No hay tal camino —respondió el Guardián de las Puertas—; nadie desea ir en esa dirección.

—Entonces, ¿cómo la encontraremos? —quiso saber la niña.

—Eso será fácil —respondió el hombre—, pues en cuanto sepa que estáis en el País de los Winkies os buscará y os hará sus esclavos.

—Tal vez no —dijo el Espantapájaros—, pues pensamos matarla.

—Ah, así es diferente —dijo el Guardián de las Puertas—.

Nadie ha podido acabar con ella nunca, por eso pensé que os haría esclavos como a todos los demás. Pero tened mucho cuidado, porque es feroz y malvada, y quizá no se deje matar. Caminad siempre hacia el oeste, donde se pone el sol, y sin duda la encontraréis.

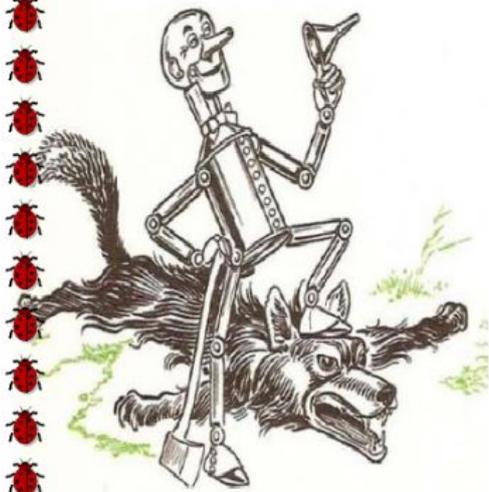
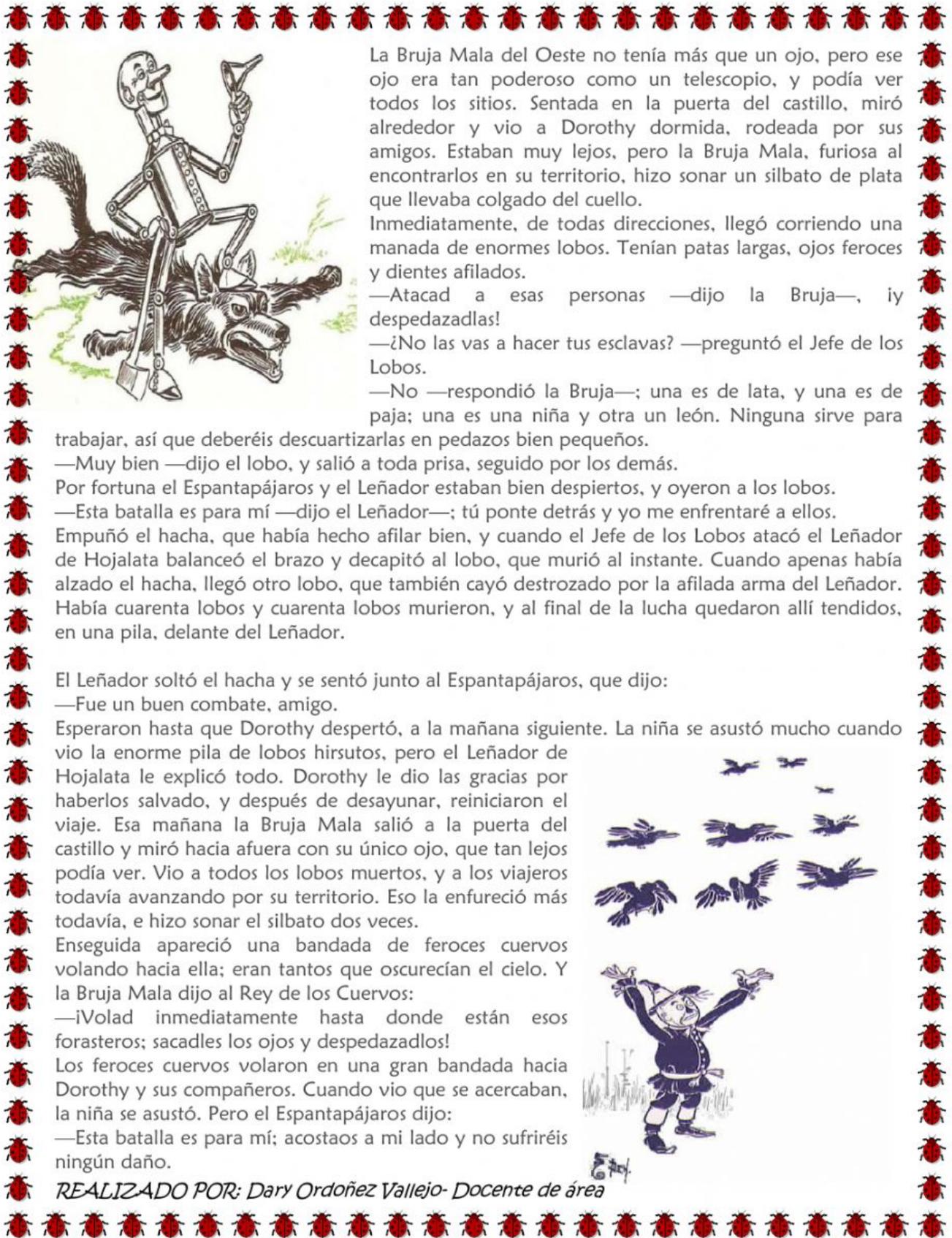
Dieron las gracias al Guardián y se despidieron y echaron a andar hacia el oeste, por campos de hierba suave, salpicada aquí y allá por margaritas y botones de oro. Dorothy todavía llevaba el bonito vestido de seda que se había puesto en el palacio, pero ahora, sorprendida, descubrió que ya no era verde sino de un blanco puro. La cinta que *Totó* llevaba al pescuezo también había perdido el color verde, y era blanca como el vestido de Dorothy.

La Ciudad Esmeralda pronto quedó muy atrás. A medida que avanzaban el terreno se iba volviendo más salvaje y montañoso, pues en esa comarca del Oeste no había granjas ni casas, y la tierra no estaba trabajada.

Por la tarde el sol les alumbró con fuerza en la cara, pues no había árboles que ofrecieran sombra; antes de que anocheciera Dorothy, *Totó* y el León se sintieron cansados, se acostaron en la hierba y se quedaron dormidos, mientras el Leñador y el Espantapájaros montaban guardia.



REALIZADO POR: Dary Ordoñez Vallejo- Docente de área



La Bruja Mala del Oeste no tenía más que un ojo, pero ese ojo era tan poderoso como un telescopio, y podía ver todos los sitios. Sentada en la puerta del castillo, miró alrededor y vio a Dorothy dormida, rodeada por sus amigos. Estaban muy lejos, pero la Bruja Mala, furiosa al encontrarlos en su territorio, hizo sonar un silbato de plata que llevaba colgado del cuello.

Inmediatamente, de todas direcciones, llegó corriendo una manada de enormes lobos. Tenían patas largas, ojos feroces y dientes afilados.

—Atacad a esas personas —dijo la Bruja—, ¡y despedazadlas!

—¿No las vas a hacer tus esclavas? —preguntó el Jefe de los Lobos.

—No —respondió la Bruja—; una es de lata, y una es de paja; una es una niña y otra un león. Ninguna sirve para

trabajar, así que deberéis descuartizarlas en pedazos bien pequeños.

—Muy bien —dijo el lobo, y salió a toda prisa, seguido por los demás.

Por fortuna el Espantapájaros y el Leñador estaban bien despiertos, y oyeron a los lobos.

—Esta batalla es para mí —dijo el Leñador—; tú ponte detrás y yo me enfrentaré a ellos.

Empuñó el hacha, que había hecho afilar bien, y cuando el Jefe de los Lobos atacó el Leñador de Hojalata balanceó el brazo y decapitó al lobo, que murió al instante. Cuando apenas había alzado el hacha, llegó otro lobo, que también cayó destrozado por la afilada arma del Leñador. Había cuarenta lobos y cuarenta lobos murieron, y al final de la lucha quedaron allí tendidos, en una pila, delante del Leñador.

El Leñador soltó el hacha y se sentó junto al Espantapájaros, que dijo:

—Fue un buen combate, amigo.

Esperaron hasta que Dorothy despertó, a la mañana siguiente. La niña se asustó mucho cuando vio la enorme pila de lobos hirsutos, pero el Leñador de Hojalata le explicó todo. Dorothy le dio las gracias por haberlos salvado, y después de desayunar, reiniciaron el viaje. Esa mañana la Bruja Mala salió a la puerta del castillo y miró hacia afuera con su único ojo, que tan lejos podía ver. Vio a todos los lobos muertos, y a los viajeros todavía avanzando por su territorio. Eso la enfureció más todavía, e hizo sonar el silbato dos veces.

Enseguida apareció una bandada de feroces cuervos volando hacia ella; eran tantos que oscurecían el cielo. Y la Bruja Mala dijo al Rey de los Cuervos:

—¡Volad inmediatamente hasta donde están esos forasteros; sacadles los ojos y despedazadlos!

Los feroces cuervos volaron en una gran bandada hacia Dorothy y sus compañeros. Cuando vio que se acercaban, la niña se asustó. Pero el Espantapájaros dijo:

—Esta batalla es para mí; acostaos a mi lado y no sufriréis ningún daño.

REALIZADO POR: Dary Ordoñez Vallejo- Docente de área



Todos se acostaron en el suelo, menos el Espantapájaros, que extendió los brazos. Y cuando los cuervos lo vieron se asustaron, como ocurre cada vez que ven un espantapájaros, (*) y no se atrevieron a acercarse más. Pero el Rey de los Cuervos dijo:

—Es sólo un hombre de paja. Yo le sacaré los ojos.

El Rey de los Cuervos voló hasta el Espantapájaros, que lo agarró de la cabeza y le retorció el pescuezo hasta matarlo. Y luego llegó otro cuervo y el Espantapájaros le hizo lo mismo. Había cuarenta cuervos, y el Espantapájaros retorció cuarenta pescuezos, hasta que todos los pájaros quedaron allí muertos. Entonces pidió a los compañeros que se levantasen y continuaron viaje.

Cuando la Bruja Mala volvió a mirar y vio a todos sus cuervos en una pila, se enfureció de un modo terrible, e hizo sonar tres veces el silbato de plata.

De repente se oyó un gran zumbido en el aire, y hacia ella descendió un enjambre de abejas negras.

—¡Atacad a esos desconocidos y clavadles agujones hasta que mueran! —ordenó la Bruja, y las abejas dieron media vuelta y volaron rápidamente hacia donde andaban Dorothy y sus amigos. Pero el Leñador las había visto, y el Espantapájaros ya había decidido qué hacer.

—Sácame la paja y échala sobre la niña, el perro y el León —le dijo al Leñador—, y las abejas no los podrán picar.

El Leñador obedeció, y mientras Dorothy sostenía a *Totó* en brazos, apoyada contra el León, la paja los cubrió por completo.

Las abejas llegaron y no encontraron a nadie más que el Leñador para picar, y volaron hacia él y se rompieron todos los agujones contra la lata, sin dañar al Leñador. Y como las abejas no pueden vivir con los agujones rotos, ése fue el fin de las abejas negras, que quedaron esparcidas por el suelo, alrededor del Leñador, en una gruesa capa, formando pequeñas pilas que parecían de carbón.

Luego Dorothy y el León se levantaron, y la niña ayudó al Leñador de Hojalata a poner de nuevo la paja dentro del Espantapájaros, hasta que lo dejaron en las mismas condiciones que antes. Y una vez más se pusieron en marcha.

La Bruja Mala se enfureció tanto cuando vio a sus abejas negras esparcidas como carbón que golpeó el suelo con el pie y se tiró del pelo e hizo rechinar los dientes. Y luego llamó a una docena de sus esclavos, los winkies, les dio lanzas afiladas y les dijo que fueran a matar a los desconocidos.

Los winkies no eran gente valiente, pero tenían que hacer lo que les mandaban, así que avanzaron hasta que estuvieron cerca de Dorothy. En ese momento el León lanzó un potente rugido y saltó hacia ellos, y los pobres winkies se asustaron tanto que dieron media vuelta y echaron a correr lo más rápido posible.



Cuando llegaron al castillo la Bruja Mala les pegó fuerte con una correa y los envió de nuevo a trabajar, y luego se sentó a pensar qué debería hacer ahora. No entendía cómo habían fracasado todos sus planes para destruir a esos desconocidos, pero era una bruja poderosa, y pronto decidió cuál sería su próxima acción.

Había en su armario un Bonete de Oro rodeado por un círculo de diamantes y rubíes. Ese Bonete de Oro tenía un poder mágico. Quien lo poseía

REALIZADO POR: Dary Ordoñez Vallejo- Docente de área

podía llamar tres veces a los Monos Alados, que obedecerían cualquier orden que se les diese. Pero ninguna persona podía dar órdenes a esas extrañas criaturas más de tres veces. Dos veces había usado ya el hechizo del Bonete la Bruja Mala. Una cuando esclavizó a los winkies y se apoderó del país. La segunda cuando luchó contra el propio Gran Oz y lo echó del territorio del Oeste. Los Monos Alados también la habían ayudado en esa ocasión. Sólo podría usar una vez más el Bonete de Oro, y por esa razón prefería esperar hasta que se le agotasen todos los otros poderes. Pero ahora que ya no estaban los feroces lobos ni los cuervos salvajes ni las abejas negras, y los esclavos se habían aterrorizado ante el León Cobarde, vio que sólo quedaba un modo de acabar con Dorothy y sus amigos.

La Bruja Mala sacó entonces el Bonete de Oro del armario y se lo puso sobre la cabeza. Luego se apoyó solamente en el pie izquierdo y dijo, despacio:

—¡Ep-pe, pep-pe, kak-ke!

A continuación se apoyó en el pie derecho y dijo:

—¡Hil-lo, hol-lo, hol-la!

Después se apoyó en ambos pies y gritó con fuerza: —¡Ziz-zy, zuz-zy, zik!

Y el poder mágico comenzó a obrar. El cielo se oscureció, y se oyó en el aire el estruendo apagado de un trueno. Hubo un ensordecedor aleteo, voces que parlotaban y reían; y el sol asomó en el cielo y mostró a la Bruja Mala rodeada por una multitud de monos, cada uno con un par de poderosas alas en la espalda.

Uno, mucho más grande que los demás, parecía ser el jefe. Volando se acercó a la Bruja y dijo:

—Nos has convocado por tercera y última vez. ¿Cuáles son tus órdenes?

—Atacad a los desconocidos que andan por mis tierras y matadlos a todos menos al León —dijo la Bruja Mala—. Y traedme a ese animal; quiero enjaezarlo como a un caballo y ponerlo a trabajar.

—Tus órdenes serán obedecidas —dijo el jefe, y con mucho ruido y parloteo los Monos Alados alzaron vuelo hacia donde estaban Dorothy y sus amigos.

Algunos de los monos agarraron al Leñador de Hojalata y lo llevaron por el aire hasta que estuvieron encima de un lugar cubierto de rocas afiladas. Allí lo soltaron, y el pobre Leñador, que cayó desde muy alto, se abolló y golpeó tanto que no pudo moverse ni gemir.

Otros monos buscaron al Espantapájaros y con los largos dedos le sacaron toda la paja de las ropas y de la cabeza. Con el sombrero, los zapatos y las ropas hicieron un pequeño fardo y lo tiraron sobre las ramas más altas de un árbol grande.

Los monos restantes echaron cuerdas muy fuertes alrededor del León, dieron muchas vueltas aprisionándole el cuerpo, la cabeza y las piernas, hasta que no pudo morder ni arañar ni



REALIZADO POR: Dary Ordoñez Vallejo- Docente de área



moverse. Luego lo alzaron y se alejaron volando con él hacia el castillo de la Bruja; allí lo pusieron en un pequeño patio rodeado por una alta valla de hierro para que no pudiera escapar.

Pero a Dorothy no le hicieron ningún daño. Con *Totó* en brazos, la niña observó el triste destino de sus compañeros, pensando que pronto le tocaría a ella. El jefe de los Monos Alados voló hacia Dorothy extendiendo los largos y velludos brazos, con una terrible sonrisa; pero le vio en la

frente la marca del beso de la Bruja Buena y se detuvo instantáneamente, e hizo señas a los demás, ordenándoles que no la tocasen.

—No nos atreveremos a dañar a esta niña —les dijo—, porque está protegida por la Fuerza del Bien, que es superior a la Fuerza del Mal. Todo lo que podemos hacer es llevarla al castillo de la Bruja Mala y dejarla allí.

Con suavidad y cuidado, alzaron a Dorothy en brazos y la llevaron velozmente por el aire hasta el castillo. Allí la depositaron en el escalón de la puerta delantera. Luego el Jefe de los Monos le dijo a la Bruja:

—Te hemos obedecido hasta donde hemos podido. El Leñador de Hojalata y el Espantapájaros fueron destruidos, y el León está encerrado en tu patio. A la niña, y al perro que lleva en brazos, no nos atrevemos a hacerles daño. Tu poder sobre nuestra banda ha cesado, y no volverás a vernos.

Y los Monos Alados, con mucho parloteo y risas, echaron a volar y pronto se perdieron de vista.

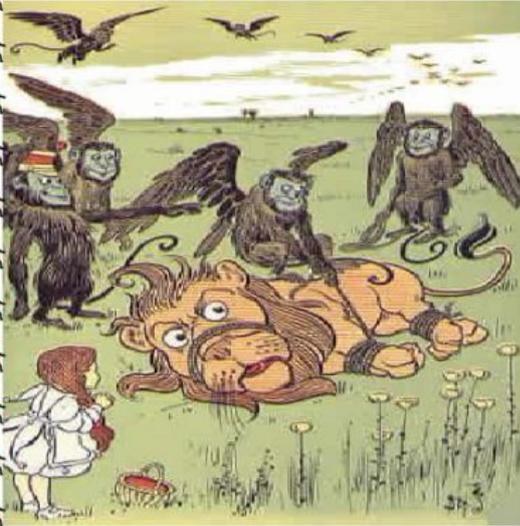
La Bruja Mala se sorprendió y comenzó a preocuparse cuando vio la marca en la frente de Dorothy, pues sabía muy bien que ni los Monos Alados ni ella se atreverían a hacerle el menor daño. Miró los pies de Dorothy y, al ver los zapatos de plata, comenzó a temblar de terror, pues sabía que eran portadores de un poderoso hechizo. Al principio la Bruja se sintió tentada de echar a correr y escapar de Dorothy; pero por casualidad miró los ojos de la niña, y vio cuán simple era el alma que había allí detrás, y tuvo la seguridad de que la niña desconocía el maravilloso poder que le daban los zapatos de plata. La Bruja, entonces, rió para sus adentros y pensó: “Todavía la puedo hacer mi esclava, porque no sabe usar su poder”.

Con voz dura y severa dijo:

—Acompáñame, y trata de obedecer todo lo que te ordene; de lo contrario acabaré contigo, como ya hice con el Leñador de Hojalata y el Espantapájaros. Dorothy la siguió por muchas de las hermosas habitaciones del castillo hasta que llegaron a la cocina, donde la Bruja le mandó que limpiase las ollas y las jarras, barriera el piso y echase leña en el fuego.



REALIZADO POR: Dary Ordoñez Vallejo- Docente de área



Dorothy se puso a trabajar con docilidad, decidida a hacer los mayores sacrificios, pues estaba agradecida de que la Bruja Mala hubiera decidido no matarla.

Con Dorothy trabajando mansamente, la Bruja pensó en ir al patio y enjaezar al León Cobarde como si fuera un caballo. Estaba segura de que sería muy divertido hacerlo tirar del carruaje cuando ella deseara dar un paseo. Pero en cuanto abrió la puerta el León lanzó un rugido y saltó hacia ella con tanta ferocidad que la Bruja se asustó, salió corriendo y volvió a cerrar la puerta.

—Si no te puedo enjaezar —dijo la Bruja al León, hablando entre los barrotes de la puerta—, por lo menos te puedo matar de hambre. No te daré nada más de comer hasta que hagas lo que yo quiero.

Desde entonces no llevó más comida al León prisionero; pero todos los días iba hasta la puerta, al

mediodía, y preguntaba:

—¿Estás preparado para que te ponga jaeces como a un caballo?

Y el León contestaba:

—No. Y si entras en este patio te morderé.

La razón por la cual el León no tenía que obedecer los deseos de la Bruja era que Dorothy, todas las noches, mientras la mujer dormía, le llevaba comida de la despensa. Cuando el León terminaba de comer, se acostaba en su cama de paja. Dorothy apoyaba la cabeza en la suave y abundante melena, hablaban de sus problemas y trataban de inventar algún modo de huir. Pero no encontraban la manera de salir del castillo, que estaba constantemente custodiado por los amarillos winkies, que eran esclavos de la Bruja Mala y temían demasiado la idea de desobedecer sus órdenes.

La niña tenía que trabajar mucho durante el día, y a menudo la Bruja la amenazaba con el viejo paraguas que siempre llevaba en la mano. Pero la verdad era que no se atrevía a golpear a Dorothy a causa de la marca que tenía en la frente. La niña no sabía eso, y tenía mucho miedo de lo que podía pasarles a ella y a *Totó*. Una vez la Bruja golpeó a *Totó* con el paraguas, y el valiente perrito, en respuesta, le saltó a una pierna y se la mordió. La Bruja no sangró por la herida, pues era tan malvada que la sangre se le había secado hacía muchos años.

La vida de Dorothy se volvió muy triste cuando llegó a la conclusión de que le sería más difícil que nunca volver a Kansas, junto a tía Em. A veces lloraba de amargura durante horas, con *Totó* sentado a los pies, mirándola a la cara y gimiendo para demostrar cuánta pena sentía por su pequeña ama. A *Totó* en realidad le daba lo mismo vivir en Kansas que en el País de Oz, siempre que Dorothy estuviera con él; pero sabía que la niña no era feliz, y por ese motivo tampoco lo era él.

Ahora bien, la Bruja tenía grandes deseos de poseer los zapatos de plata que la niña siempre usaba. Sus abejas, sus cuervos y sus lobos estaban apilados, secándose al sol, y había usado todos los poderes del Bonete de Oro; pero si lograba apoderarse de los zapatos de plata tendría más poder que el que había perdido con todas las demás cosas. Observó a Dorothy cuidadosamente, tratando de ver si se los sacaba, con la intención de robárselos. Pero la niña estaba tan orgullosa de ellos que nunca se los quitaba, excepto por la noche y cuando se bañaba. La Bruja tenía demasiado miedo a la oscuridad para atreverse a entrar en la habitación

REALIZADO POR: Dary Ordoñez Vallejo- Docente de área

de Dorothy por la noche y robarle los zapatos, y su aversión al agua era todavía mayor que su miedo a la oscuridad, así que nunca se acercaba cuando Dorothy se estaba bañando. La verdad era que la vieja Bruja nunca tocaba el agua, ni dejaba que el agua la tocara de ninguna manera. Pero la malvada criatura era muy astuta, y finalmente encontró la manera de conseguir lo que quería. Puso una barra de hierro en medio del suelo de la cocina y luego, con sus artes mágicas, la hizo invisible para los ojos humanos. Y Dorothy, al pasar por ese sitio y no ver la barra, tropezó en ella y cayó boca abajo. No se lastimó mucho, pero en la caída perdió uno de los zapatos de plata, y antes de que pudiera recogerlo la Bruja se lo arrebató y se lo puso en su propio pie.

La malvada mujer se sintió muy complacida por el éxito de la trampa, pues mientras tuviera uno de los zapatos poseería la mitad del poder que les confería el hechizo, y Dorothy no usaría su parte contra ella, aunque supiera cómo hacerlo.

La niña, al ver que había perdido uno de sus bonitos zapatos, se puso furiosa, y dijo a la Bruja: —¡Devuélveme mi zapato!

—No —le respondió la Bruja—, pues ahora es mío, no tuyo.

—¡Eres una criatura malvada! —gritó Dorothy—. No tienes derecho a quitarme el zapato.

—De todas maneras me quedaré con él —dijo la Bruja, riéndose—, y algún día también te quitaré el otro.

Eso enfureció tanto a Dorothy que levantó el balde de agua que tenía cerca y lo volcó sobre la Bruja, mojándola de pies a cabeza.

Instantáneamente, la malvada mujer lanzó un fuerte grito de terror, y mientras Dorothy miraba maravillada, la Bruja comenzó a encogerse y a marchitarse.

—¡Mira lo que has hecho! —gritó la Bruja—. En un minuto me derretiré.

—De veras lo siento mucho —dijo Dorothy, que estaba muy asustada de ver a la Bruja derritiéndose como un terrón de azúcar.

—¿No sabías que el agua sería mi fin? —preguntó la Bruja, con voz quejumbrosa, desesperada.

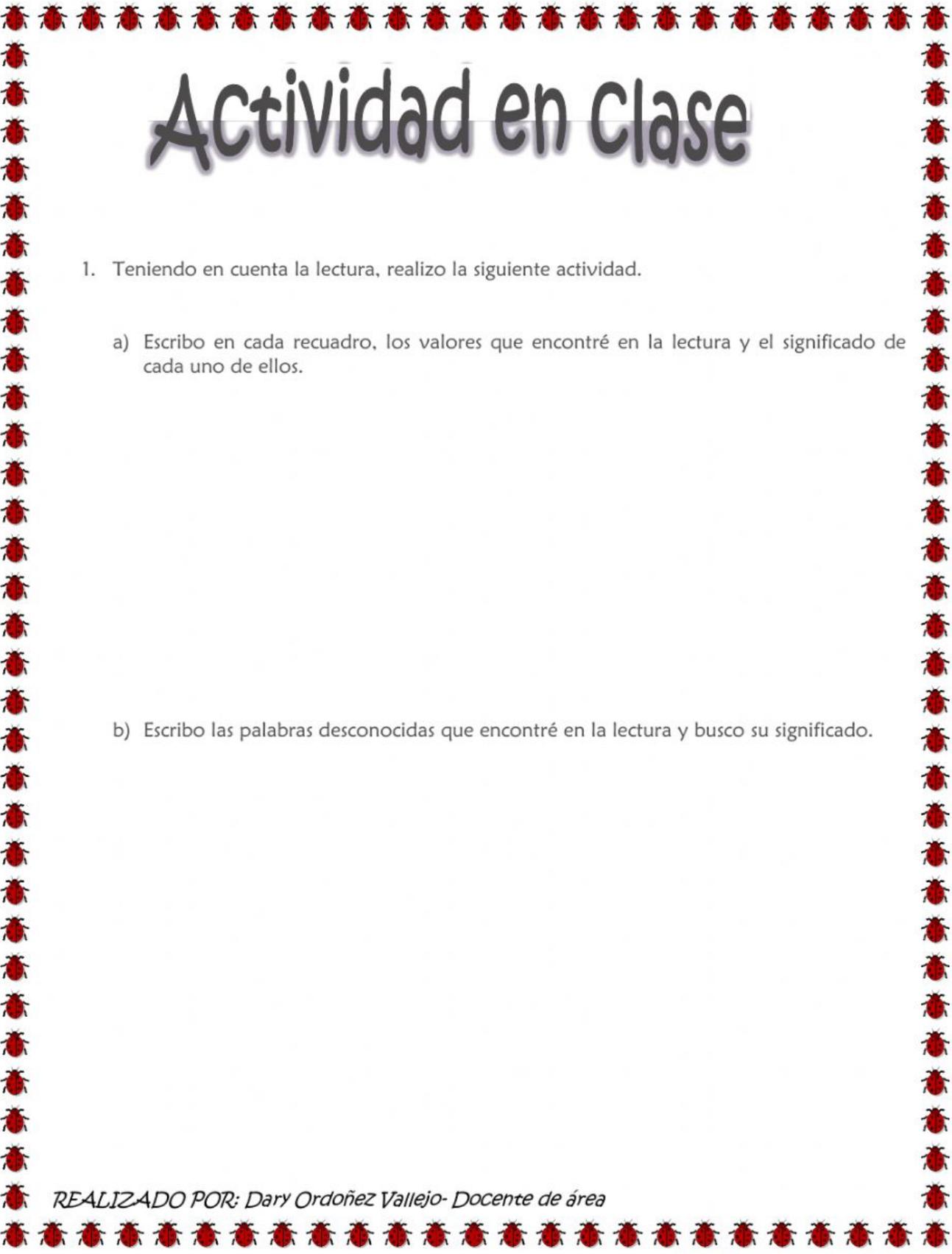
—Claro que no —respondió Dorothy—. ¿Cómo lo iba a saber?

—Bueno, en unos pocos minutos me habré derretido, y el castillo será tuyo. He sido malvada durante mi vida, pero nunca pensé que una niña como tú llegaría a derretirme y acabar con mis maldades. ¡Cuidado... ahí voy!

Con esas palabras la Bruja cayó formando una masa parda, derretida, informe, que comenzó a desparramarse sobre las maderas limpias del suelo de la cocina. Al ver que de veras se había derretido, Dorothy sacó otro balde de agua y lo tiró sobre el revoltijo. Luego barrió todo y lo echó por la puerta. Después de recoger el zapato de plata, que era lo único que quedaba de la vieja, lo limpió y lo secó con un trapo, y se lo volvió a poner en el pie. Entonces, libre al fin, corrió al patio a decirle al León que la Bruja Mala del Oeste había dejado de existir y que ellos ya no eran prisioneros en un país extraño.



REALIZADO POR: Dary Ordoñez Vallejo- Docente de área



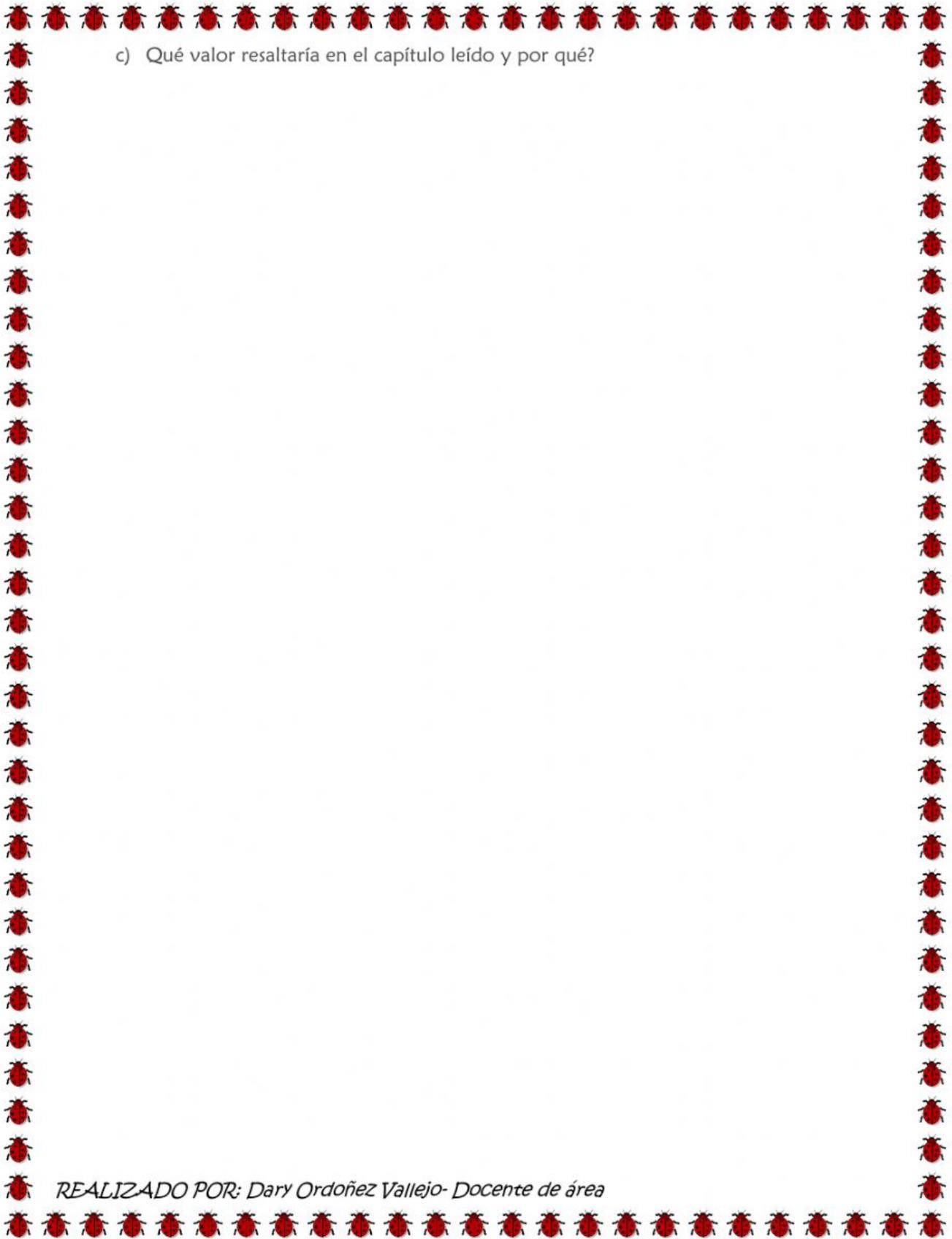
Actividad en Clase

1. Teniendo en cuenta la lectura, realizo la siguiente actividad.

a) Escribo en cada recuadro, los valores que encontré en la lectura y el significado de cada uno de ellos.

b) Escribo las palabras desconocidas que encontré en la lectura y busco su significado.

REALIZADO POR: Dary Ordoñez Vallejo- Docente de área



c) Qué valor resaltaría en el capítulo leído y por qué?

REALIZADO POR: Dary Ordoñez Vallejo- Docente de área